

plaza pública para la edición del 16 de agosto de 1996

El PRI de María Félix

miguel ángel granados chapa

Dicen que soy antipriísta, Pero la verdad es que es al PRI mismo al que corresponde esa clasificación. El PRI es antipriísta, es decir es adversario de sí mismo. Incurre en frivolidades en momentos graves para el país, dando cuenta exacta del alcance de sus percepciones sobre las dolencias nacionales y aun las suyas propias.

Una semana después de la sentencia que dejó en libertad a Othón Cortés, como si esa decisión judicial fuera irrelevante de suyo, y lo fuera sobre todo para el partido cuyo candidato resultó asesinado en circunstancias todavía no aclaradas, el PRI se vistió de fiesta para agasajar a María Félix.

No discuto ni uno solo de los factores que hicieron de María Félix el mito nacional en que la convirtieron la sociedad y la industria cinematográfica. Ni siquiera objeto el desdeñoso estilo con que a veces se ha expresado de sus paisanos sonorenses, de la ciudad de México y del país mismo. Todo el mundo, y ella en consecuencia, tiene derecho a su propia opinión, aun cuando resulte rasposa y no se asiente en fundamento racional alguno. Otros espacios, otros momentos han sido oportunos para que se ponga de manifiesto la dimensión de su presencia pública. Más todavía, debo confesar que el ámbito de mi vida personal uno de los instantes que más aprecio fue la inolvidable oportunidad de haber entonado a duo con ella, aunque ninguno de los dos haya sido favorecido con el don musical, nada menos que su canción emblemática, la que compuso Agustín Lara para rendirle homenaje: María Bonita.

Pero me pregunto si fuera mera inconsciencia o una intención manipuladora lo que hizo al partido gubernamental anfitrión de un inopinado homenaje a La Doña, como el lugar común la denomina. Por supuesto que no propongo una visión lúgubre de la vida, que todo lo enlute, que todo lo ensombrezca. Ni siquiera me parece que deba mantenerse de modo permanente, frente a toda situación, una



actitud solemne, distante del humor y de la ligereza que son indispensables para no quedar sofocados por la pesadez de la vida.

Pero el partido gubernamental no puede permitirse ignorar el talante de la hora en que vive. Su propia casa requiere una conducta severa, impregnada de la austeridad propuesta por el Presidente de la República cuya voz, por ancha que fuera la distancia que en efecto se establezca entre Los Pinos e Insurgentes Norte. Si bien no puede llenar de rencores su alma colectiva, es lógico que ese partido mantenga abierta la herida provocada por el asesinato de Colosio. De hecho, cada día 23 miembros de esa agrupación protestan por la demora en las investigaciones. Y ahora éstas han sufrido un sacudimiento, que puede significar la cancelación de toda posibilidad de arribar a una conclusión que satisfaga al PRI. Eso, claro, en el entendido de que ese partido requiera efectivamente una conclusión satisfactoria.

Porque podría ocurrir lo contrario. Una de las consecuencias de la libertad de Cortés (aun no definitiva, pero ya prácticamente admitida aun por el ministerio público) es que resta eficacia al vínculo descubierto por la averiguación en torno del general Domiro García Reyes, es decir el nexo que conducía a la casa presidencial. Tal consecuencia puede no incomodar a los mandos priístas. No es tan flaca la memoria colectiva como para que se haya perdido el registro del vínculo de Santiago Oñate, el líder nacional priísta, con Carlos Salinas de Gortari.

En el último año de la Presidencia de éste, Oñate se sentó en la misma silla ocupada durante el lustro anterior por José Córdoba. Si bien no la llenó enteramente (y no por la evidente diferencia de tallas entre ambos), lo cierto es que la designación reveló un grado de cercanía entre Salinas y su postrer jefe de la Oficina de la Presidencia, insospechado por quienes conocían la definición de Oñate en favor de Manuel Bartlett durante el proceso interno en el PRI, durante 1987. Acaso tal vinculación fue la causa de la designación de Oñate primero como miembro del gabinete y



después, cuando no afloraba razón alguna que lo hiciera idóneo para el cargo, fuera nombrado presidente del PRI.

Ya en esa responsabilidad, ha rendido varios servicios a la causa salinista. Aunque podríamos enlistar entre ellos la devolución del aparato electoral propio del PRI a operadores que brillaron en la época de Salinas, el dato más relevante y cierto es la negativa a expulsar del partido al ex Presidente. Varias decenas de miembros de ese partido recibieron un portazo en la nariz cuando el PRI rehusó desahacerse del peso muerto que significa para ese partido la permanencia de Salinas, a menos claro, que no se trate de un peso muerto, sino de una presencia viva.

Por esas razones parece haber sido irrelevante en la cúpula priísta el curso que ahora sigan las averiguaciones en torno al asesinato de Colosio, o quizá hasta hubo allí un motivo de alivio por la exoneración de Cortés. Tampoco, en otro rumbo del mismo acontecimiento, parece haberse percibido la importancia de que un eminente miembro de ese partido (incluso miembro de su comité nacional durante el breve reinado de Colosio como candidato presidencial), el senador José Luis Soberanes, haya aplicado al Presidente Zedillo la receta de toda averiguación policiaca, consistente en preguntarse por el beneficiario de un delito para orientar hacia allá la investigación.

Tal vez inconsciente de todo eso, por frivolidad, el líder nacional priísta figuró como invitado masculino en la fiesta mujeril ofrecida a María Félix. Tal insensibilidad no tuvo en cuenta, tampoco, la delicada situación nacional, marcada no sólo por una indomable crisis económica, que ha dejado en el terror del desempleo a millones de personas, y en la angustia de las deudas impagables a miles más; ni las condiciones de creciente inseguridad, que ya no sólo pone en riesgo la vida y la integridad de las personas, sino que puede tener efectos en el penoso proceso de recomposición económica. ¿O no puede ser grave el efecto de que sea secuestrado en Tijuana uno de los directores de una empresa trasnacional,

acontecimiento que puede ser el primero de otros de la misma índole, cuando se muestre la riqueza de tal filón?

Convengamos, sin embargo, que en vez de ignorancia de esos hechos pudo obrar en la decisión de evidenciar la militancia priísta de María Félix exactamente lo contrario, la claridad respecto de la gravedad de la situación presente, requerida por eso de una dosis de frivolidad que esconda la verdadera naturaleza de la hora presente. Si no es posible ofrecer pan, al menos circo.



PLAZA PÚBLICA  
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# El PRI de María Félix

Me pregunto si fuera mera inconciencia o una intención manipuladora lo que hizo al partido gubernamental anfitrión de un inopinado homenaje a La Doña.



**D**ICEN QUE SOY ANTIPRIÍSTA, PERO LA VERDAD ES que es al PRI mismo al que corresponde esa clasificación. El PRI es antipriísta, es decir es adversario de sí mismo. Incurre en frivolidades en momentos graves para el país, dando cuenta exacta del alcance de sus percepciones sobre las dolencias nacionales y aun las suyas propias.

Una semana después de la sentencia que dejó en libertad a Othón Cortés, como si esa decisión judicial fuera irrelevante de suyo, y lo fuera sobre todo para el partido cuyo candidato resultó asesinado en circunstancias todavía no aclaradas, el PRI se vistió de fiestas para agasajar a María Félix.

No discuto ni uno solo de los factores que hicieron de María Félix el mito nacional en que la convirtieron la sociedad y la industria cinematográfica. Ni siquiera objeto el desdenoso estilo con que a veces se ha expresado de sus paisanos sonorenses, de la ciudad de México y del país mismo. Todo el mundo, y ella en consecuencia, tiene derecho a su propia opinión, aun cuando resulte rasposa y no se asiente en fundamento racional alguno. Otros espacios, otros momentos han sido oportunos para que se ponga de manifiesto la dimensión de su presencia pública. Más todavía, debo confesar que en el ámbito de mi vida personal uno de los instantes que más aprecio fue la inolvidable oportunidad de haber entonado a dúo con ella, aunque ninguno de los dos haya sido favorecido con el don musical, nada menos que su canción emblemática, la que compuso Agustín Lara para rendirle homenaje: María Bonita.

Pero me pregunto si fuera mera inconciencia o una intención manipuladora lo que hizo al partido gubernamental anfitrión de un inopinado homenaje a La Doña, como el lugar común la denomina. Por supuesto que no propongo una visión lúgubre de la vida, que todo lo enlute, que todo lo ensombrezca. Ni siquiera me parece que deba mantenerse de modo permanente, frente a toda situación, una actitud solemne, distante del humor y de la ligereza que son indispensables para no quedar sofocados por la pesadez de la vida.

Pero el partido gubernamental no puede permitirse ignorar el talante de la hora en que vive. Su propia casa requiere una conducta severa, impregnada de la austeridad propuesta

por el presidente de la República, por ancha que fuera la distancia que en efecto se establezca entre Los Pinos e Insurgentes Norte. Si bien no puede llenar de rencores su alma colectiva, es lógico que ese partido mantenga abierta la herida provocada por el asesinato de Colosio. De hecho, cada día 23 miembros de esa agrupación protestan por la demora en las investigaciones. Y ahora estas han sufrido un sacudimiento, que puede significar la cancelación de toda posibilidad de arribar a una conclusión que satisfaga al PRI. Eso, claro, en el entendido de que ese partido requiera efectivamente una conclusión satisfactoria.

Porque podría ocurrir lo contrario. Una de las consecuencias de la libertad de Cortés (aún no definitiva, pero ya prácticamente admitida aun por el Ministerio Público) es que resta eficacia al vínculo descubierto por la averiguación en torno del general Domiro García Reyes, es decir el nexo que conducía a la casa presidencial. Tal consecuencia puede no incomodar a los mandos priístas. No es tan flaca la memoria colectiva como para que se haya perdido el registro del vínculo de Santiago Oñate, el líder nacional priísta, con Carlos Salinas de Gortari.

En el último año de la Presidencia de este, Oñate se sentó en la misma silla ocupada durante el lustro anterior por José Córdoba. Si bien no la llenó enteramente (y no por la evidente diferencia de tallas entre ambos), lo cierto es que la designación reveló un grado de cercanía entre Salinas y su postrer jefe de la Oficina de la Presidencia, insospechado por quienes conocían la definición de Oñate

No es tan flaca la memoria colectiva como para que se haya perdido el registro del vínculo de Santiago Oñate con Carlos Salinas de Gortari. En el último año de la Presidencia de este, Oñate se sentó en la misma silla ocupada durante el lustro anterior por José Córdoba.

en favor de Manuel Bartlett durante el proceso interno en el PRI, durante 1987. Acaso tal vinculación fue la causa de la designación de Oñate primero como miembro del gabinete y después, cuando no afloraba razón alguna que lo hiciera idóneo para el cargo, fuera nombrado presidente del PRI.

Ya en esa responsabilidad, ha rendido varios servicios a la causa salinista. Aunque podríamos enlistar entre ellos la devolución del aparato electoral propio del PRI a operadores que brillaron en la época de Salinas, el dato más relevante y cierto es la negativa a expulsar del partido al ex Presidente. Varias decenas de miembros de ese partido recibieron un portazo en la nariz cuando el PRI rehusó deshacer del peso muerto que significa para ese partido la permanencia de Salinas, a menos claro, que no se trate de un peso muerto, sino de una presencia viva.

Por esas razones parece haber sido irrelevante en la cúpula priísta el curso que ahora sigan las averiguaciones en torno al asesinato de Colosio, o quizá hasta hubo allí un motivo de alivio por la exoneración de Cortés. Tampoco, en otro rumbo del mismo acontecimiento, parece haberse percibido la importancia de que un eminente miembro de ese partido (incluso miembro de su comité nacional durante el breve reinado de Colosio como candidato presidencial), el senador José Luis Soberanes, haya aplicado al presidente Zedillo la receta de toda averiguación policiaca, consistente en preguntarse por el beneficiario de un delito para orientar hacia allá la investigación.

Tal vez inconciente de todo eso, por frivolidad, el líder nacional priísta figuró como invitado masculino en la fiesta mujeril ofrecida a María Félix. Tal insensibilidad no tuvo en cuenta, tampoco, la delicada situación nacional, marcada no sólo por una indomable crisis económica, que ha dejado en el terror del desempleo a millones de personas, y en la angustia de las deudas impagables a miles más; ni las condiciones de creciente inseguridad, que ya no sólo pone en riesgo la vida y la integridad de las personas, sino que puede tener efectos en el penoso proceso de recomposición económica. ¿O no puede ser grave el efecto de que sea secuestrado en Tijuana uno de los directores de una empresa trasnacional, acontecimiento que puede ser el primero de otros de la misma índole, cuando se muestre la riqueza de tal filón?

Convengamos, sin embargo, que en vez de ignorancia de esos hechos pudo obrar en la decisión de evidenciar la militancia priísta de María Félix exactamente lo contrario, la claridad respecto de la gravedad de la situación presente, requerida por eso de una dosis de frivolidad que esconda la verdadera naturaleza de la hora presente. Si no es posible ofrecer pan, al menos circo.